

## EL ARTE DEL SENTIR

Se dice que el fin de una obra de arte es la belleza, que la obra misma, en sí, no es el objetivo. Demostrar la obra como un modo de ser más que modo de hacer.

Cuando la obra ya es bella, es su final. Sin embargo otros afirman que “el arte no necesariamente es belleza” Pero si lo pensamos, la belleza es totalmente subjetiva, por lo que no será que el arte no es perfección pero sí belleza? Belleza para quien la mire, según los ojos del observador, como es la poesía, subjetiva, para llegar ampliamente a cualquiera que la escuche, pero de distintas maneras. Otros preferirán una poesía más directa, pero siempre nos llega. Sin embargo, una obra nunca será bella para todo aquel que la mire, entonces, quizás no se trate de la belleza, quizás se trate del sentir. Que una obra te haga sentir, te transmita algo, una impresión, emoción, alegría, rabia, paz... Será que la obra de arte plena es aquella que te hace sentir pleno, que te hace sentir desde lo más profundo, desde lo más propio. No se puede sentir por otro, uno siente lo que le nace sentir. Por conclusión, el arte es aquello que te provoca un sentir. Eso es el arte para mí. Pero como todos pensamos distinto, es lo que a mi el arte me trae a presencia, lo que una pintura, la música, una obra de arquitectura me traen a presencia. Es por eso que el arte es capaz de cambiar el mundo. Es capaz de transmitir un sentimiento, una emoción colectiva. Es enorme la responsabilidad que como artista se es atribuida. La responsabilidad del sentir de otro. El sentirse capaz de crear un cambio.

Poder lograr aquello pareciera un desafío, pero lo bello de la vida realmente está en ese secreto, superar nuestros desafíos. Ya que si nos quedamos solo con lo favorable de cada experiencia nos haríamos débiles, hay que tomar riesgos, ir al encuentro con lo desconocido, aprender de las sorpresas que nos pone la vida en nuestros caminos. Ver toda sorpresa, sea buena o desfavorable, como un regalo, como un presente, vivir ese presente y aprender de él para seguir viviéndolo y encontrándonos con el. Es un comienzo sin fin, tal cual como el amor. El verdadero amor. Nunca hay un fin en él, sino este se acabaría, tendría fecha de fin, sin embargo cuando uno ama, ese acto se transforma en un seguir partiendo, siempre, sin límites ni objetivos, solo se ama, es solo ser, no un hacer. Así tan bonito como una bandada de estorninos, que vuelan juntos, porque eso son, es su esencia, volar juntos, siempre, es un nosotros, es juntos.

Ver la obra como un proceder, en pro como el proponerme a... el ceder como una entrega. Proponer el entregarse siempre, pero sin objetivos o fines. No será que proponerme es similar a poner como objetivo? El proponer no implica un objetivo? Entregar una parte de mí a partir de ese regalo. Es de eso lo que se trata, no es algo concreto, algo con interés, es algo del propio ser. De ser uno mismo.

Sin objetivo. El objetivo es para la búsqueda del conocimiento. Si no hay objetivo lo hacemos por gusto, o por dinero, o por interés, o deber u obligación. Sin embargo es aquí en donde se busca la gratuidad, para lograr este sin fin, esta entrega propuesta. Así me abro a la posibilidad de un todo, de la vida, de lo adverso, de lo que me enseña tras el vivir.

Es de la gratuidad que surge el regalo, el presente, el vivir. Que se habite como un regalo, con gratitud. Y vivirla por lo que es.

Es lo que es, ver la vida por lo que es y no pedir a lo imposible, es alegrarse con lo que está y es. No se debe nunca escuchar a las flores. Solo se las debe contemplar y oler. La mía perfumaba mi planeta, pero yo no era capaz de alegrarme de ello. (“El Principito”, Antoine de Saint-Exupéry) Pero ¿qué sería de nuestro planeta sin esa flor, sin eso que nos mueve, sin eso que nos da vida sin darnos cuenta? Es que aquello que nos mueve, es aquello que nos hace sentir, que nos produce algo en nuestro propio yo. Es por eso que tropezamos, que damos vueltas, vamos y volvemos, caemos y nos levantamos en la vida. Y es que Son los sentimientos

que nos impiden ver lo que realmente es, el escuchar lo que se quiere oír y no lo físico que es comunicado. Cuando a un arquitecto le encargan una casa, este debe hacer caso a lo que piden los dueños, cumplir con el encargo y poner de su magia para que este se vuelva algo único y maravilloso. No puede hacer tres habitaciones si le piden que sean cinco. Es un mensaje inequívoco.

Pero, no es lo mismo decir "te amo" por escrito que decirlo cara a cara. Uno viene lleno de sentimientos mientras el otro es solo un escrito, a menos que el receptor decodifique el mensaje con la influencia de sus sentimientos, y allí si podrá significar lo mismo ese "te amo" escrito al físico.

"A lo mejor siempre has interpretado la verdad como un insulto" Es como Robert Fisher señala en su libro "El caballero de la armadura oxidada". Dice también un extracto de su escrito: "El Caballero preguntó ¿qué era la bebida que le había ofrecido? El mago sonriendo le dijo: es vida ¿vida? Sí, dijo el mago ¿No te pareció amarga al principio y, luego, a medida que la degustabas ¿no la encontrabas cada vez más apetecible? El caballero asintió, y los últimos sorbos resultaron ser deliciosos. Eso fue cuando empezaste a aceptar lo que estabas bebiendo. La vida es buena cuando uno la acepta. Las cosas hay que aceptarlas tal como son, simplemente porque son así".

Pero qué sería de la vida si los mensajes vinieran sin sentimientos, sin arte, quitarle la esencia al hombre, sería un acto inhumano con lo que no podríamos vivir. Sería un simple hacer, pero no un ser.

La vida vivirla con esa locura inmersa en nuestro propio ser. Aquello que nos hace distintos a cualquier otro ser humano.

Como señala Julio Cortázar "Creo que todos tenemos un poco de esa bella locura que nos mantiene andando cuando todo alrededor es tan insanamente cuerdo."

Vivir esa locura que nace de la libertad, ya sea libertad de acción, libertad de pensamiento, libertad de ser, libertad de llevar a lo más grande esa esencia de lo propio.

Seguir el camino, que, sin embargo, nunca es el camino. Que un pequeño paso puede cambiarlo todo. Y así este ya no sería nuestra ruta, nuestro objetivo, se perdería.

Sería absurdo hablar de seguir un camino para llegar a un objetivo, porque lo único que se tiene claro al comenzar a caminar es a dónde queremos llegar, sin evaluar los diversos factores que nos pueden desviar de ese propósito inicial. Es a medida que uno avanza que el camino se traza. Aquello que en un comienzo fue nuestro norte, nuestro objetivo, pasa a ser más valorado mirando hacia atrás y reconociendo todo por lo que se pasó para llegar a este, es recién allí que se conoce el camino. En un principio el camino no es el camino, nunca se cumple lo planeado, se va al encuentro con lo adverso, lo inesperado, se inicia la travesía sin saber qué habrá más allá. El camino es el camino cuando queda escrito, cuando ya se ha vivido.

En el fondo es el camino el que te hace realmente valorar el objetivo, ya que si uno planifica y resulta la meta, todo sería muy fácil, no se viviría. No se vive de objetivos, sino del sendero por el cual se logra. Finalmente es de lo desfavorable que nace lo favorable.

"Era todavía demasiado joven para saber que la memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos, y que gracias a ese artificio logramos sobrellevar el pasado" ("El amor en los tiempos de cólera" Gabriel García Márquez).

Con el tiempo lo único que vale la pena guardar son los buenos recuerdos, pero no habría buenos recuerdos sin los altos y bajos vividos. Es una lección de vida constante.

Es por ese camino que el artista tiene la capacidad de hacer un cambio, de dar sensibilidad a la vida, dar humildad, dar ternura, dar empatía, dar esencia.

Como podemos leer del mensaje que el Papa Juan Pablo II dejó en su carta a los artistas:

"Nadie mejor que vosotros, artistas, geniales constructores de belleza, puede intuir algo del *pathos* con el que Dios, en el alba de la creación, contempló la obra de sus manos. Un eco de

aquel sentimiento se ha reflejado infinitas veces en la mirada con que vosotros, al igual que los artistas de todos los tiempos, atraídos por el asombro del ancestral poder de los sonidos y de las palabras, de los colores y de las formas, habéis admirado la obra de vuestra inspiración, descubriendo en ella como la resonancia de aquel misterio de la creación a la que Dios, único creador de todas las cosas, ha querido en cierto modo asociaros.”



Amereida